

## LAS ACTITUDES DEL EDUCADOR. DESAFÍOS ANTE LA EDUCACIÓN PARA LA PAZ Y LA SOLIDARIDAD

Jesús García García y Fco. Javier Álvarez Bonilla  
*Grupo de trabajo «La cultura del dar»*

### Introducción

El principio kantiano de que el hombre no llega a ser hombre más que por la educación, sigue vigente; y en esto todos estamos de acuerdo.

Sin embargo, la educación, al igual que el resto de la sociedad, está sumida en un profundo proceso de cambio. Esto es innegable. Un proceso de cambio en el que se *«han ido debilitando importantes valores tradicionales, pero donde emergen otros: una conciencia más fuerte de la libertad personal, el gusto por el progreso científico y tecnológico, la superación de barreras culturales y nacionales, una conciencia distinta del pasado sobre el papel de la mujer en la sociedad, etc.»* (Lubich, 1993:122).

En cualquier caso, los cambios -entendidos como retos, como desafíos, como aparición de nuevos valores- nos pueden impulsar a encontrar nuevas fórmulas y nuevos fundamentos para nuestra acción educativa en el futuro.

Uno de estos «cambios» y, consecuentemente, desafíos, lo observamos en el hecho, cada vez más creciente, de que la violencia se esté asentando en las Instituciones Educativas (Familia, Escuela...), especialmente en el ámbito de la Educación Secundaria, pero también en el de la Educación Primaria e Infantil.

Hablar de educación para la Paz, en un contexto como este, aparece -por una parte- como algo paradójico, por no decir quimérico, y -por otra- como una necesidad imperiosa dentro del propio proceso educativo.

### 1. Nuestro entorno social demanda una cultura de Paz

Aunque a nivel consciente no lo declaremos, se constata la necesidad de construir una convivencia y un pacto social basado en unas relaciones exentas de agresividad y violencia, asentadas, en definitiva, en una convivencia pacífica y benevolente.

Como punto de partida, trataremos de evidenciar algunos de los aspectos que, a nuestro juicio, se demandan desde el entorno social para que sea posible construir una cultura de la Paz. Sin pretender que esto sea exhaustivo, podemos establecer algunas peculiaridades que la Paz demanda hoy:

a) Gran parte de las raíces de la violencia se encuentran en la no-aceptación de la otra persona (individualismo y un cierto egocentrismo hedonista). De alguna manera es necesario que cada persona, cada grupo, se sienta confirmado -sin excluir al resto-, como tal, en su existencia, mediante contactos genuinos. Cuando, por diversas razones, esto no se produce, la carencia de confirmaciones y la baja autoestima sirven de caldo de cultivo para las más diversas manifestaciones violentas en mayor o menor escala.

b) Nuestro entorno -multicultural, multiétnico- demanda una cultura de respeto a varios niveles: respeto a creencias, actitudes, formas culturales, etc. Esta cultura del «respeto», no es necesaria solamente a gran escala (entre etnias, religiones...), sino que debe descender a escalas menores (grupos culturales, profesionales o políticos) y -en última instancia- a las relaciones interpersonales. Este respeto, lleva implícita una valoración «de lo que el otro es, siente y vive».

c) Inherentemente, la cultura de la Paz necesita un ambiente de diálogo. El diálogo, en sí mismo, construye la Paz, es Paz. Es preciso que el diálogo sea concebido como intercambio; que más allá de «formas» de diálogo (necesarias, sin duda), el diálogo se encamine hacia una relación «entre» grupos, etnias, etc., hacia la reciprocidad.

Pero, como señalábamos más arriba, esta relación debe instaurarse en los ámbitos más reducidos de la escala social, acabando en una relación interpersonal espontánea y fecunda.

d) La imprescindible construcción de una cultura de Paz necesita la voluntad decidida de querer construir una sociedad en la que prime la idea de construir y vivir según un «esquema de Paz». Pero, por otra parte, dicha construcción necesita que cualquier persona se sienta «imprescindible» para llevarla a cabo.

Es más, en las circunstancias en las que vivimos, no basta la construcción «individual» de la Paz (aunque bastaría que cada uno se propusiera esto), sino que se hace necesaria la ineludible actuación colectiva y solidaria de toda la sociedad en favor de la Paz y la fraternidad.

e) Junto a todo esto, observamos desde hace muchos años una tendencia (a veces lenta y que fluctúa aparentemente debilitada) a la paz, a la solidaridad, hacia la unidad en definitiva.

## **2. La acción educativa es, inevitablemente, un proceso de Paz:**

Aunque observemos -cada vez más asiduamente- que las tradicionales Instituciones Educativas (Familia, Escuela...) vienen siendo objeto y sujeto de actitudes contrarias a la Paz,

el sólo hecho de que se haya introducido como eje transversal la educación para la Paz hacer referencia, por una parte, a la evidencia de que es necesario educar para la Paz. Pero, por otra parte -quizás de forma más solapada-, se pone de manifiesto el hecho de que la Educación, en sí misma, es un proceso de Paz.

Creemos que este último aspecto no ha sido comprendido del todo, ni en su totalidad ni en su importancia. No siempre somos conscientes de que, o la escuela es un ámbito de Paz, o... no es nada. En otras palabras, Escuela y Familia deben ir más allá de la simple «explicación» de la Paz, de la simple «puntualidad» de actos y gestos pacíficos, para -por una parte- «reconocerse como», y -por otra- «convertirse en» Instituciones de Paz.

Pretender «explicar», por ejemplo, sólo la Paz como contenido gnoseológico e incluso procedimental o actitudinal se queda corto y, bastante «ineficaz». La Celebración de «Días Internacionales», aun siendo vitales y fundamentales, no pueden constituirse en el único fin de una educación para la Paz.

De aquí, podemos desprender algunas premisas que nos ayudarán a centrar el tema y que, como punto de partida, debemos plantear ya desde ahora para poder comprender mejor el resto de la exposición:

- A. Educar es, forzosamente, educar para la Paz**
- B. Educar para la Paz es educar desde la Paz**
- C. Educar para y desde la Paz es VIVIR YA EN EL AULA el proceso de Paz**
- D. En el fondo, educar para la Paz es ayudar a que nuestros alumnos VIVAN inmersos en un proceso de Paz y lo CONSTRUYAN.**
- E. La construcción de este proceso de Paz, pasa inevitablemente por la interrelación educador-educando.**

### **3. Educar para la Paz requiere unas actitudes necesarias en el educador**

Los «contenidos» de una Educación para la Paz están clarísimamente delimitados en el DCB de la LOGSE como elemento curricular de los temas transversales. El gran escollo aparece a la hora de encontrar un método óptimo que sirva de vehículo a la transmisión de dichos contenidos y a la consecuente integración de los mismos por parte de los alumnos.

Posiblemente, en la base de un método aceptable para la transmisión de cualquier valor está el hecho de que este valor debe ser vivido en primer lugar por la persona que enseña o entrena en dicho valor; por otra parte, dicho valor debe ser experimentado y, por así decirlo, «vivido», en una relación de reciprocidad, tanto por quien lo enseña como por quien lo aprende.

Así pues, el educador, por así decirlo, debe ser una persona de paz, que vive de la paz y que desarrolla unas actitudes de paz en todos los ámbitos de su vida.

### **3.1. La labor educativa como labor o «profesión» de ayuda**

Las llamadas profesiones de ayuda llevan implícitas una serie de características.

La primera de ellas se centra en el altruismo. Implica, actuar, intervenir, sin la búsqueda de recompensas externas, extrínsecas o materiales. (Roche, 1991).

Como segunda característica, podríamos establecer la de pretender facilitar el cambio de una persona o de una situación. Ayudar significa procurar que una persona pueda aprender un comportamiento nuevo y alternativo que le proporcione más felicidad que la situación anterior.

Como tercera característica, podríamos situar que sus fines, los fines de la ayuda altruista, no son inmediatos, sino que van más allá. Esto significa que la impaciencia, el querer ver resultados inmediatos, la falta de reflexión son enemigos de la ayuda.

De aquí se desprende que la educación (incluso entendida como profesión) se enmarca dentro de las denominadas profesiones de ayuda.

Existen un sinfín de profesiones que proporcionan muchos y pingües beneficios a quienes las desarrollan. Nadie entra en la educación buscando enriquecerse.

En segundo lugar, nadie desarrolla -o al menos así debería ser- la labor educativa sin pretender el cambio y la mejora de los alumnos. En este sentido, conviene recordar la falacia que supone centrar una labor educativa en los contenidos exclusivamente academicistas e, incluso, en los procedimientos. La educación debe centrarse en el alumno (los hijos) y en las posibilidades y las oportunidades de cambio de estos.

Finalmente, es ingenuo pretender que los cambios observados sean inmediatos. La «quema» (estrés, desgaste) de un educador debe provenir de la labor de ayuda en sí misma (una de cuyas características es la despersonalización, la quema, el «burn out»), pero nunca de la no evidencia de resultados. Es así.

### **3.2. Educar-ayudar requiere el abandono de ciertas actitudes por parte del educador**

Partiendo de aquí, un grupo de profesores decidimos constituir un grupo de trabajo para profundizar en el tema.

En un primer momento observamos que era imprescindible abandonar una serie de actitudes que, en sí mismas, obstaculizaban la labor de ayuda y, desde una visión más profunda, aparecían como obstáculos para construir la Paz.

Entre otras cosas, constatamos que habría que evitar:

- Los impulsos, la agresividad o la absolutización.
- La «trivialización@», es decir, el quitarle importancia a las cosas del otro.

- La «verborrea@», el hablar inmediatamente impidiendo que la otra persona se exprese.
- La «superioridad@», entendida esta como gestos o expresiones que indiquen dominio o que enfatizan la prepotencia.
- La «inferioridad@», entendida como debilidad o falta de argumentos, o como un ingenuo ponerse a la altura del otro@.
- La prisa y la falta de respeto

### 3.3. La educación como ayuda, exige una praxis constructiva y positiva

Por otra parte veíamos que la educación, vista como proceso de ayuda, pasaba inexorablemente por enraizarse en dinámicas constructivas del pensamiento, entendiendo estas como aquellas positivas, frente a otras negativas.

De Bono establece las premisas de lo que es el pensamiento constructivo, partiendo de la contraposición entre pensamiento negativo-crítico y pensamiento positivo-constructivo, mediante la definición «Lógica-roca» frente a «lógica-agua».

La primera es aquel tipo de pensamiento rígido, absoluto, granítico, que utilizamos como forma de JUICIO. Suele ser destructiva y se basa exclusivamente en el reproche negativo. La segunda se identifica con adaptación a las condiciones, a las circunstancias, a la complejidad de las situaciones. Tiende a CONSTRUIR, a ayudar positivamente. Se evidencia aquí la misma contraposición que existe entre pensamiento destructivo y pensamiento constructivo; entre pensamiento negativo y pensamiento positivo.

Las dinámicas constructivas del pensamiento, para ser tales, presuponen que hay que:

**Superar los impulsos de los prejuicios.** Esos mensajes internos que, aunque provienen de la realidad experimentada con el otro, no constituyen toda la verdad sobre la otra persona. Acaban convirtiéndose en una maldición que, de tanto repetirla, acaba cumpliéndose. Superar estos «impulsos» supone que hay que crear nuevas afirmaciones sobre nosotros mismos y los demás.

**Aceptar dinámicas cooperativas de ayuda.** Esto significaría que un objetivo es alcanzado si lo alcanzamos todos, si forma parte de nuestra relación interpersonal o de grupo.

Evidentemente, es necesario que tomemos conciencia de que el uso del pensamiento constructivo, comporta elecciones mucho más dificultosas y elaboradas respecto a las que emanan del pensamiento crítico, pero, a la larga, hemos descubierto que son más productivas y eficaces.

Un modelo de intervención educativa, dirigido constructivamente tanto en el plano de las relaciones personales como en el de las interpersonales y grupales, debe tener en cuenta ciertos elementos básicos, a saber:

**Eficacia:** Pensar un proyecto y realizarlo. Toda actividad que realicemos debe llevarnos a un proyecto, a una conclusión concreta, a un compromiso de todos, que debe ser evaluado, revisado y corregido.

### **3.1. La labor educativa como labor o «profesión» de ayuda**

Las llamadas profesiones de ayuda llevan implícitas una serie de características.

La primera de ellas se centra en el altruismo. Implica, actuar, intervenir, sin la búsqueda de recompensas externas, extrínsecas o materiales. (Roche, 1991).

Como segunda característica, podríamos establecer la de pretender facilitar el cambio de una persona o de una situación. Ayudar significa procurar que una persona pueda aprender un comportamiento nuevo y alternativo que le proporcione más felicidad que la situación anterior.

Como tercera característica, podríamos situar que sus fines, los fines de la ayuda altruista, no son inmediatos, sino que van más allá. Esto significa que la impaciencia, el querer ver resultados inmediatos, la falta de reflexión son enemigos de la ayuda.

De aquí se desprende que la educación (incluso entendida como profesión) se enmarca dentro de las denominadas profesiones de ayuda.

Existen un sinnúmero de profesiones que proporcionan muchos y pingües beneficios a quienes las desarrollan. Nadie entra en la educación buscando enriquecerse.

En segundo lugar, nadie desarrolla -o al menos así debería ser- la labor educativa sin pretender el cambio y la mejora de los alumnos. En este sentido, conviene recordar la falacia que supone centrar una labor educativa en los contenidos exclusivamente academicistas e, incluso, en los procedimientos. La educación debe centrarse en el alumno (los hijos) y en las posibilidades y las oportunidades de cambio de estos.

Finalmente, es ingenuo pretender que los cambios observados sean inmediatos. La «quemadura» (estrés, desgaste) de un educador debe provenir de la labor de ayuda en sí misma (una de cuyas características es la despersonalización, la quemadura, el «burn out»), pero nunca de la no evidencia de resultados. Es así.

### **3.2. Educar-ayudar requiere el abandono de ciertas actitudes por parte del educador**

Partiendo de aquí, un grupo de profesores decidimos constituir un grupo de trabajo para profundizar en el tema.

En un primer momento observamos que era imprescindible abandonar una serie de actitudes que, en sí mismas, obstaculizaban la labor de ayuda y, desde una visión más profunda, aparecían como obstáculos para construir la Paz.

Entre otras cosas, constatamos que habría que evitar:

- Los impulsos, la agresividad o la absolutización.
- La «trivialización@», es decir, el quitarle importancia a las cosas del otro.

- La «verborrea@», el hablar inmediatamente impidiendo que la otra persona se exprese.
- La «superioridad@», entendida esta como gestos o expresiones que indiquen dominio o que enfatizan la prepotencia.
- La «inferioridad@», entendida como debilidad o falta de argumentos, o como un ingenuo ponerse a la altura del otro@.
- La prisa y la falta de respeto

### 3.3. La educación como ayuda, exige una praxis constructiva y positiva

Por otra parte veíamos que la educación, vista como proceso de ayuda, pasaba inexorablemente por enraizarse en dinámicas constructivas del pensamiento, entendiendo estas como aquellas positivas, frente a otras negativas.

De Bono establece las premisas de lo que es el pensamiento constructivo, partiendo de la contraposición entre pensamiento negativo-crítico y pensamiento positivo-constructivo, mediante la definición «Lógica-roca» frente a «lógica-agua».

La primera es aquel tipo de pensamiento rígido, absoluto, granítico, que utilizamos como forma de JUICIO. Suele ser destructiva y se basa exclusivamente en el reproche negativo. La segunda se identifica con adaptación a las condiciones, a las circunstancias, a la complejidad de las situaciones. Tiende a CONSTRUIR, a ayudar positivamente. Se evidencia aquí la misma contraposición que existe entre pensamiento destructivo y pensamiento constructivo; entre pensamiento negativo y pensamiento positivo.

Las dinámicas constructivas del pensamiento, para ser tales, presuponen que hay que:

**Superar los impulsos de los prejuicios.** Esos mensajes internos que, aunque provienen de la realidad experimentada con el otro, no constituyen toda la verdad sobre la otra persona. Acaban convirtiéndose en una maldición que, de tanto repetirla, acaba cumpliéndose. Superar estos «impulsos» supone que hay que crear nuevas afirmaciones sobre nosotros mismos y los demás.

**Aceptar dinámicas cooperativas de ayuda.** Esto significaría que un objetivo es alcanzado si lo alcanzamos todos, si forma parte de nuestra relación interpersonal o de grupo.

Evidentemente, es necesario que tomemos conciencia de que el uso del pensamiento constructivo, comporta elecciones mucho más dificultosas y elaboradas respecto a las que emanan del pensamiento crítico, pero, a la larga, hemos descubierto que son más productivas y eficaces.

Un modelo de intervención educativa, dirigido constructivamente tanto en el plano de las relaciones personales como en el de las interpersonales y grupales, debe tener en cuenta ciertos elementos básicos, a saber:

**Eficacia:** Pensar un proyecto y realizarlo. Toda actividad que realicemos debe llevarnos a un proyecto, a una conclusión concreta, a un compromiso de todos, que debe ser evaluado, revisado y corregido.

**Constructividad:** Por encima de las críticas y los reproches, están los proyectos. Es más útil reforzar los éxitos que criticar los errores. Es más útil proponer que destruir. Es más útil dar normas y consejos concretos, que reñir, lamentarse o culpabilizar a los demás.

**Respeto:** Por las personas, sus proyectos, sus valores y sentimientos. Se trata de «construir» a la otra persona desde lo que «ES» realmente. El respeto implica confianza y aceptación mutuas. Supone conocer y valorar a la otra persona, sus gustos, sus sentimientos. El respeto evita las actitudes autoritarias gratuitas y las actitudes pesimistas o indiferentes y, por otra parte, evita resentimientos o rechazos totales de la otra persona.

**Mejora de uno mismo:** Empezar a mejorar por uno mismo. A diferencia de las máquinas, el hombre siempre está en disposición de aprender a vivir mejor. No se trata de culpabilizarse, sino de «vivir en primera persona» las cosas. Asumir los errores y proponerse soluciones.

**Contribución a la mejora de los demás:** «dar» u «ofrecer» una idea, una ayuda, una frase de ánimo, ayuda más que exigir egoísta o destructivamente. Expresar nuestro deseo de ayudar, de dar, de ponernos a disposición de la otra persona.

### 3.4. El desarrollo de la ayuda en la labor educativa

Todo este proceso de investigación-acción desembocó en una praxis educativa que nos condujo, por una parte, a revisar cuáles son las finalidades que debe perseguir un proceso de educación y, por otra, a plantearnos concretamente cuáles deberían ser las actitudes que, mediante registros personales, deberíamos desarrollar en la intervención educativa.

#### 3.4.1. Finalidades

En la base del pensamiento positivo, se sitúan dos factores de orden psicológico que son muy importantes. Dicho de otra manera, la intervención educativa tendría dos «pilares» sobre los que asentarse que, a su vez, constituirían la meta o las grandes finalidades. Educamos «desde» y «para»:

**El desarrollo de las energías interiores.** Es la toma de conciencia de las propias acciones para asumir responsabilidades sobre la base de criterios de conducta y valores reconocidos. El desarrollo profundo de una responsabilidad se basa en desarrollar las fuerzas profundas de la persona que nacen de dentro hacia afuera.

**La interacción social.** La persona se desarrolla dentro de un contexto social constituido fundamentalmente en base a relaciones interpersonales y sociales. Una relación YO-TÚ encaminada a la comprensión recíproca y la cooperación. Se trata de pasar de la dimensión egocéntrica del YO a la dimensión interpersonal de actuar JUNTOS POR LOS DEMÁS.

#### 3.4. Actitudes

Partiendo de estos fines, los educadores tenemos la posibilidad de ayudar positivamente a que se produzca este cambio de mentalidad en nuestro alumnado. Estas actitudes deben ser

«previas» en el educador; el educador debe vivir en y de ellas. Esta es condición «sine qua non».

Así pues, partimos de una serie de actitudes que se plasmarían en un proceso que seguiría cuatro etapas:

**Actitudes encaminadas hacia la aceptación del otro (Tú existes).** Para que nuestros alumnos salgan de su actitud egocéntrica necesitan de alguien que les haga salir mediante actitudes de escucha, empatía, conocimiento y reconocimiento de los valores del otro, valoración de lo positivo de su mundo, etc.

**Actitudes encaminadas hacia el respeto por el otro (Tú vales).** Desde esta situación de empatía con el alumno podemos desarrollar ciertas actitudes de respeto a través de nuestro vocabulario, la forma de preguntar, nuestro comportamiento ante ellos, etc.

**Actitudes encaminadas hacia el diálogo (Queremos escucharnos).** A partir de aquí, podemos intentar que cualquier acción educativa sea concebida como un diálogo, como un intercambio interpersonal.

**Actitudes encaminadas hacia la participación (Juntos queremos vivir y construir).** Es el último paso y, por supuesto, la meta de la relación de ayuda. Actuar colectiva y solidariamente en favor de otras personas o grupos.

#### 4. Conclusión

Como se desprende de esto último, las actitudes necesarias para construir un proceso de ayuda, guardan muy estrecha relación con los principios que citábamos como esenciales al principio de nuestro trabajo, para Construir la Paz.

El proceso de construcción social de la Paz que demanda la sociedad, es, en el fondo, el mismo que puede ofrecer una intervención educativa que establece la relación de ayuda como eje fundamental de su acción.

Educar, es ayudar y ayudar (educar) es construir la Paz.

Las Instituciones Educativas (Escuela y Familia) tienen que abandonar falsos complejos y visiones distorsionadas de sí mismas; deben verse y reconocerse a sí mismas como modelos de interacción social que, en su seno, generan y se generan desde la Paz, con una serie de actitudes básicas desde las que educa.

Educar «para la sociedad» (entendiendo esto como repetir modelos sociales injustos e insolidarios), es algo falaz. Escuela y Familia deben educar como un modelo de sociedad de Paz. Transmitir los valores en los que vive y desde los que se vive.

Como Grupo de trabajo creemos que es fundamental seguir investigando sobre este tema pues lo consideramos fundamental para salir del atolladero en el que muchas veces nos vemos sumidos.

Finalmente creemos que los educadores deberíamos tomar conciencia de que:

- Las actitudes del educador son primordiales en el proceso educativo.
- Las actitudes del educador son previas a la construcción del proceso educativo (contenidos, procedimientos...).
- Las actitudes de ayuda constituyen en sí mismas un proceso de construcción (intelectual y formal) de la Paz.
- El educador debe vivir inmerso en dichas actitudes, deben formar parte de él; de lo contrario será bastante difícil educar para La Paz.